

**Carlos Ornelas**

Académico de la Universidad Autónoma Metropolitana

carlos.ornelas@icloud.com

Labor docente

El proyecto del Presupuesto de Egresos de la Federación —que con seguridad será aprobado en estos días por la Cámara de Diputados— asigna menos de 80 pesos para la capacitación y actualización de cada docente y los fondos para las escuelas normales disminuyen en términos reales.

Un abrazo solidario para mi amigo Pascal Beltrán del Río.

En algún texto de Larry Cuban leí que la distancia entre retórica y práctica es la verdadera expresión de la política educativa. Ese enunciado embistió a mi memoria al recapacitar que tal vez ningún presidente le ha dedicado tantas palabras de encomio a los docentes como Andrés Manuel López Obrador y, a la vez, desconoce la complejidad de su trabajo y castiga sus ingresos.



Cierto, hay pocas protestas de los maestros —pero la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación no cesa— porque hay cierta correspondencia entre la narrativa presidencial y una demanda añeja de educadores y líderes sindicales: la basificación de trabajadores interinos. Algo de justicia laboral a cambio de acatar las consignas presidenciales y quizá de apoyo electoral.

Por iniciativa del Presidente o a lo mejor de su primer secretario de Educación Pública, Esteban Moctezuma Barragán, el artículo 3 de la Constitución reza: “Las maestras y los maestros son agentes fundamentales del proceso educativo y, por tanto, se reconoce su contribución a la transformación social. Tendrán derecho de acceder a un sistema integral de formación, de capacitación y de actualización...”. Y en otro párrafo más adelante sentencia: “El Estado fortalecerá a las instituciones públicas de formación docente, de manera especial a las escuelas normales...”.

En el proyecto del Presupuesto de Egresos de la Federación —que con seguridad será aprobado en estos días por la Cámara de Diputados— asigna menos de 80 pesos para la capacitación y actualización de cada docente y los fondos para las escuelas normales disminuyen en términos reales.

En el gobierno de la Cuarta Transformación no toman en cuenta que pocos trabajos son tan arduos como la enseñanza en la educación básica. La ejecución responsable de

un determinado programa exige muchas horas de estudio, preparación cuidadosa, planeación de tareas y del uso del tiempo, saber cuándo ofrecer una lección o recurrir a preguntas. También implica diseñar estrategias para trabajar con los estudiantes, conocer sus necesidades y ofrecer cierto tipo de respuesta afectiva a problemas emocionales o de otra índole. Además, implica labores fuera del aula para revisar y calificar tareas, hablar con padres de familia y, lo más fastidioso, cumplir con rutinas burocráticas, rendir informes y satisfacer demandas de burócratas y dirigentes sindicales.

No muchas profesiones demandan tanto; pero, cuando el trabajo se ejecuta con eficacia, la satisfacción moral recompensa las muchas horas de tensión. Ser maestro de primaria o de secundaria es una carrera para personas con carácter y resistencia; se vive bajo estrés constante. Mucho más en zonas donde predomina la violencia criminal, que influye directo en las emociones de maestros y alumnos.

Además, la retórica de la primera versión del nuevo marco curricular causó incertidumbre y ansiedad entre los maestros de la educación básica. Me consta porque he charlado con varias decenas de ellos. No obstante, muchos están dispuestos al cambio, son conscientes de las fallas del sistema, pero su demanda es capacitación previa, que no sea nada más con sesiones de los consejos técnicos escolares. A otros maestros no les intere-

teresa, dicen que con todo lo que tienen que hacer, una “transformación” más trastoca su labor. La resistencia es mayor entre quienes tienen doble plaza o puestos por horas en secundarias diferentes.

Si pudiera medirse el peso de las promesas y lo que sucede en las escuelas, el quehacer docente en el aula —que, en la primera propuesta de marco curricular, de enero de 2022, proponía moverla del plantel escolar a la comunidad—, la expresión de la política educativa sería de desastre.



Pero como no puede verificarse, dejémoslo en conjetura.